Y á ensalzar dignamente de *Cristina*
La florida hermosura, el dulce encanto
Y la índole celeste, áun no bastára
Á Píndaro su voz, la suya á Horacio.
Mi timidez iguala á mi respeto:
Pero Vos lo quereis; y á quien los hados
Quisieron siempre defender propicios
Y en la alta cima del poder sentaron,
¿Cómo un flaco mortal, que sin su escudo
Juguete fuera del rencor contrario,
Este esfuerzo, aunque débil, negaria
Sin riesgo al fin de parecer ingrato?
¡Ah! no: suene mi voz, los aires rompa;
Y aunque ronca y cansada, el holocausto
Haga de su temor ante las aras
Del refulgente Sol que ya adoramos.
Quizá aquel fuego que á mi Musa un dia
Pudo animar en sus mejores años,
De sus yertas cenizas sacudido
Vuelva á encenderse á tan hermosos rayos.
Otros la cantarán con más fortuna,
Con talento mayor; y hasta los astros
Alzar conseguirán su ínclito nombre
En las alas del Genio arrebatados.
En mí supla al talento el buen deseo;
Y estos rudos acentos de mi labio
Que van de vuestra Esposa al regio oido,
Hallen, Señor, si no alabanza, agrado.

Señor,

Á L. R. P. de V. M.

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

CANCION.

«Accipe fortunam generis, diadema resume,
Quod tribuas, natis, et in hæc penetralia rursus,
Unde parens progressa, redi.»

Claudiano,

¡Oh belleza! alto don, rico tesoro,
Precioso bien á la mujer guardado,
Con más vehemencia ansiado
Que el diamante oriental, y más que el oro;
¿Quién te dió ese poder? ¿De quién hubiste
La magia celestial? En donde quiera
Que muestres esa lumbre
Por siempre vencedora,
Reinar y avasallar como señora,
Rendir y embelesar es tu costumbre.
Vedla en los campos de Vertuno y Flora
Cuando los huella con gallardo brio,

Y allí en puros aromas y en colores
Humillará las flores
Hijas del sol y alumnas del rocío.
Ó si ya de la selva en el sombrío
Recinto, al eco ronco
Del resonante caracol, las fieras
Volando en su caballo alza y fatiga;
Ellas con planta alada huyen ligeras
De la Ninfa veloz, y huyen en vano:
Su vista penetrante las persigue,
Y el rayo abrasador arde en su mano.
Arde y estalla; el plomo silba, caen,
Y el eco suena en torno. El bosque adora
Su bella cazadora,
Ansiando ufano que á batirle vuelva
La que con su atractivo sobrehumano
Es Flora en el jardin, Cintia en la selva.

Y si en el rico estrado reclinada,
Cual dama delicada,
Habla discreta y apacible rie,
¡Oh! cual tras sí los corazones lleva,
Sea que el pié fugitivo en danzas guie,
Sea que al sonoro acento
De su arpa, herida en delicioso tono,
Rinda las almas y embellezca el viento!

Subidla luego al resplandor del trono;
Y á su aire augusto, á su ademan divino,
Vereis la tierra enmudecer, postradas
Ante ella las naciones,
Y en aplausos sin fin y adoraciones

Sus destinos cifrar en su destino.
¿Qué la beldad no alcanza
Cuando se une al poder? El mismo cielo
Obedece á su anhelo,
Si al cielo acaso conmover le agrada:
Á una sola voz suya, á una mirada,
Apaga Jove el iracundo rayo,
Depone Marte la sangrienta espada.

¿No es tal, sacra Parténope, la excelsa
Jóven real, cuya dorada cuna
Tú ya meciste en su primer oriente?
Ella en su faz purpúrea y noble frente
Lleva escrita su gloria y su fortuna.
Y espléndida y riente
Se lleva por los campos de la vida,
Cual la estrella de amor cuando en el cielo
Por los espacios lóbregos se lanza
Á abrir la puerta al venidero dia;
Y brilla con la luz de la alegría,
Y es bella como es bella la esperanza.

¿No es ésta ya la que á la régia silla
Destina alegre el hado,
Con el pueblo español ménos airado?
¿La misma que en la orilla
Del sebéto feliz creció primero
Á ser delicias del Monarca ibero,
Y astro de paz benéfico á Castilla?
¡Oh cuánto tarda ya! ¿Cómo no llega,
En alas de los céfiros traida,
Á contentar al público deseo?

Tú que el soberbio tálamo preparas,
Mira arder el incienso ante las aras
Y ven á nuestra voz, santo Himeneo.
La sien ceñida de amaranto y rosas,
Con apacible vuelo
Del Olimpo á la tierra tú desciendes:
Por do quiera que tiendes
Las alas vagarosas
Huyen las nubes, se serena el cielo :
Y de la antorcha al sacudir la llama
Que la adorable Esposa á Iberia guia,
Del Ebro á Guadarrama
Que todo se penetre en tu ambrosía.

Todo te aplauda: en resonantes himnos
Todo se inunde: el monte
Los diga al valle, y los repita el rio,
Y los aprenda el mar. ¡Ella aparece!
¿No veis cuál resplandece
Del arrebol del alba enrojecida,
Por las gracias ornada,
Y de alta gloria y majestad cercada?
¿No veis cómo á los rayos de su frente
Todo con grata admiracion se inclina?
Ella es; la augusta *Reina* de Occidente :
Ella es la amable y celestial *Cristina*.

¡Nombre adorado, y en España ahora
Primera vez oido, ¡oh! siempre seas
Con tanto amor y gratitud cantado,
Como hoy estás de aclamacion seguido!
Estrechamente al de *Fernando* unido

Escrito en letras de oro centelleas :
Y en medio á los magníficos festones
Á las bellas guirnaldas con que el arte
Tu cifra con la suya enlazar pudo,
Es más estrecho el nudo
Con que la voz del regocijo alzando
Su alborozado aplauso al raudo viento,
Suben juntos á herir el firmamento
Los nombres de *Cristina* y de *Fernando*.

Ven, pues; y de tu estirpe ¡oh nueva Esposa!
La fortuna recibe : orne tu frente
La diadema esplendente
Que pases luego á tu progenie hermosa.
Aquí nació tu Madre virtuosa :
De aquí el destino á la dichosa Italia
Nos la robó ; y al saludar contigo
Este albergue real, un tiempo suyo,
Ufana de la luz que la acompaña
Decir parece á su querida España :
« Áun más que te debí te restituyo. »

¿Qué te suspende, oh Musa? Ya á Himeneo
Con su doble guirnalda
Ceñir la sien de los Esposos veo :
Ya el áureo velo tiende... ¡Oh! No te atrevas
Más adelante á penetrar... Un dia
La antigua poesía
En el canto nupcial plácido y leve
De amor el triunfo celebrar solia;
Cuando más halagüeña que sublime
La zozobra pintaba, el gozo, el llanto,

El inefable encanto
Del tímido pudor, que cede y gime,
Y tanto halago, y tanto
De que entónces te vistes, ¡oh hermosura!
Para más abrasar: la ufana rosa,
Cuando á besarla llega
El céfiro, amorosa
La pompa así de su beldad despliega.

No, empero, igual licencia ¡oh Musa mia!
Te es permitida á tí; mayor reserva
Se debe á la deidad alta y triunfante,
Venus sin duda en su gentil semblante,
Pero en decoro y majestad Minerva.
Deja ese tono, pues, de mil ya usado
Y cantado ya á mil: diverso acento
En este gran momento
Deberá ser el tuyo, otras las sendas
Son que el délfico Dios abre á tu gusto;
Y cuando al son del plectro el aire hiendas,
Cristina y la virtud te oigan sin susto.

Desde ese trono excelso en que sentada
Los ámbitos de Iberia señoreas,
Tiende la vista y mira en todas partes
Arcos sublimes, títulos, trofeos,
Y fiestas en tu honor: dulce tributo
Que vuelto en gala el doloroso luto
Rinde á tus plantas la Nacion hispana.
Recibe tú su amor y sus deseos;
Recíbelos ¡oh Ninfa soberana!
Con dulce afecto á sus plegarias pío;

Y la suprema voluntad doblando
Del amante Monarca á tu albedrío,
Haz de tus ojos al clemente fuego
Benigno el mando y poderoso el ruego.

Que bien esta region merecedora
Es de tu afan y maternal cuidado:
Mira con cuánto agrado
La favorece el sol, qué rico el suelo,
Qué apacible es el aire; en donde quiera
Verás la primavera
Florecer y reir; y el siglo de oro
Renovando á tu voz, la dura encina
Y envejecido roble
De su áspero cabello
Miel para tí destilarán, *¡Cristina!*
¿Buscas un bello clima? ¡Este es tan bello!
¿Buscas un pueblo noble? ¡Este es tan noble!
¿Acaso palmas del honor preguntas?
El mundo te responda que asombrado,
Por la española intrepidez doblado,
Apénas pudo contenerlas juntas.

Su número fué escándalo; y la suerte,
El cáliz de favor con que algun dia
Nos embriagó falaz, trocó á rigores:
Dos siglos de dolores
Vanse á cumplir, y aún viva
Parece arder su saña vengativa.
¡Oh discordia! ¡¡Oh rencor! Tristes pasiones,
Ministras viles de venganza extraña,
Y ajenas tanto al corazon de España,

¿No es tiempo ya de que ceseis? ¿No es tiempo
De que sus hijos alcen
La frente al cielo con vigor? ¡Pudieran
Los castellanos pechos,
Á tal fortuna y contratiempos hechos,
Ser tan grandes aún, si ellos quisieran!

Y habrán de serlo al fin: que decretado
Sin duda fué por el querer del cielo
Este enlace magnífico y sagrado
Para bien de un gran pueblo. ¡Oh digna Esposa
Del Monarca español, fiel compañera
De su incesante afan y alto desvelo!
Tú en obra tan sublime
Asístele eficaz; triunfo debido
Es ese á tu candor, á tu hermosura,
Á tu espíritu excelso... ¡Quién me diera
Romper el velo que la edad futura
Entre sombras esconde, y ver mi España
Acorde dentro, respetada fuera,
Vuelta á la gloria y rica de ventura!
Acelerad ¡oh cielos! tales dias,
Y salgan ciertas las promesas mias.

¡Oh, cómo el Genio imitador entónces
El inmenso caudal que en sí atesora
Desplegará, y en mármoles y en bronces
La efigie hermosa y los ilustres hechos
Dará de la inmortal restauradora!
¿Podrá á tanto bastar la fantasía?
¡Ah! mientras que á porfía
Las artes ostentando sus primores

Contiendan en su honor, en medio alzada
Con dulce exaltacion y ardiente brio
Dirá la gratitud: «vuestros loores
No pueden ser eternos sin el mio.
Este es el perdurable, el verdadero,
El que conviene á su bondad divina:
Yo la grabé en el pecho al pueblo Ibero
Cuando en letras de amor puse: *¡Cristina!*

1829.